



TEILHARD:

Ser puente entre dos mundos

La pasión por la tierra. El Evangelio a los que buscan. Abrir horizontes y hacer pensar. Aceptación del cosmos. Desprendimiento de ropajes caducos. Cristianos que no aman el mundo. Porque la Iglesia no se gana a las masas obreras. En un remolino de teología abstracta. Un cristianismo acaramelado. El hombre nació también como especie.

En el número anterior de Estudios, concluíamos nuestro artículo sobre Teilhard de Chardin y la secularización del mundo, con un pasaje tomado de su respuesta a *La Vie Intellectuelle*, **La incredulidad moderna, causa profunda y remedio:**

"El mundo está en vías de convertirse espontáneamente a una especie de religión natural del universo, que lo aparta indebidamente del Dios del Evangelio: en ello consiste su 'incredulidad'. Convirtamos en un grado superior esa misma conversión, mostrando con toda nuestra vida que solamente Cristo 'en quien todo tiene su consistencia' (Col. 1, 17), es capaz de animar y dirigir la marcha recientemente vislumbrada del universo; y de la misma prolongación de lo que constituye la incredulidad de hoy día brotará, quizá, la fe de mañana".

Podríamos considerar esa página como una declaración de intenciones escrita por Teilhard de Chardin respecto a toda su vida y su obra. Las ideas allí expresadas son el hilo conductor de su pensamiento y de su vida de científico y de sacerdote. Frecuentes malosentendidos en la interpretación que se hace de Teilhard, derivan de no tenerlas suficientemente en cuenta. Ellas presiden las líneas generales de su actividad científica e inciden directamente en la elección del método teilhardiano. Ignorarlo, es dejar en el aire elementos que atañen aún a los aspectos técnicos de sus obras volviéndolos incomprensibles o por lo menos chocantes.

ENTRE LA CIENCIA Y LA FE

Teilhard quiere ser puente entre dos mundos aparentemente antagónicos: el mundo de las ciencias y el mundo de la fe cristiana. Y quiere serlo con toda su vida, aunque ese intento lo coloque en situación malquista para los mismos por quie-

nes consagra su vida. He aquí algunos pasajes de sus obras, en los que Teilhard muestra claramente su conciencia de puente:

En una carta del 19 de junio de 1926, escribe: "Pensaba en el abismo que separa el mundo intelectual en que me encontraba y cuyo idioma yo entendía, del mundo teológico romano cuyo idioma también conozco... Me dije a mí mismo que tal vez yo fuera capaz, por hablar su misma lengua, de expresar de manera admisible para ese mundo intelectual, lo que el otro mundo guarda y repite con palabras para muchos hoy incomprensibles... ¡Estas son las Indias que a mí me atraen mucho más que las de San Francisco Javier! Pero antes de que se los pueda convertir verdaderamente, ¡qué inmenso problema, no ya de ritos sino de ideas, nos es preciso resolver!"

La pasión por la tierra, por el progreso del mundo, que Teilhard descubre en la conciencia de la humanidad, no le es extranjera: él mismo la vive intensamente. Y lo que es más, la vive simultáneamente con su pasión por Dios: Teilhard vibra en las dos cuerdas. "La originalidad de mi creencia consiste en que tiene raíces en dos dominios de la vida habitualmente considerados como antagónicos. Por educación y formación intelectual, pertenezco a los hijos del cielo. Mas por temperamento y estudios profesionales, soy un hijo de la tierra (**Cómo creo**, inédito de 1934).

Esto lo coloca en un clima hartamente molesto. El 14 de enero de 1919 escribía a su prima Margarita Teilhard-Chambon: "¿No es una situación bien extraña la mía, contarme (y estar) entre los ortodoxos y sentir con los heterodoxos? Espero que este dualismo sea permitido por Nuestro Señor para que yo pueda más fácilmente establecer el vínculo entre estos y aquellos. Pero, evidentemente, no es la mía una situación de entero reposo interior".

Conciente de lo extraño de su situación, Teil-

hard no teme sino que, por el contrario, ve en ella un factor positivo para hacer de puente entre los dos mundos. Dos años antes había escrito a la misma persona: "Es cierto, mi gusto por la tierra es muy extraño y, a primera vista, anticristiano. Pero, justamente porque experimento tan intensamente ese fondo de alma pagana, me siento más fuerte para hablar con conocimiento de causa, de igual a igual, con los adoradores del universo; y me siento también más seguro de las conexiones y cuasi-reconciliaciones posibles entre dos pasiones que realmente creo aliar un poco en mí y que, en todo caso, siento: la del mundo y la de Dios".

Al principio, Teilhard entreveía obscuramente esa conciliación. Las cartas a su prima Margarita son ilustrativas a este respecto. El 28 de diciembre de 1916, le escribía: "Esto me incita a seguir precisando mis puntos de vista acerca de la conciliación que entreveo entre la pasión de la tierra y la pasión de Dios, en el terreno del esfuerzo humano, incluso natural". Cuatro días más tarde, volvía sobre el mismo tema: "¿Quién conseguirá operar la bienaventurada unión entre esta llama oscura, tan profundamente arraigada en el corazón de todo hombre un poco digno de este nombre, y la vocación de un Dios personal!"

Pero pronto esa conciliación se le presenta como una especie de mística consistente en buscar a Dios, quien todo lo invade, en todas las realidades. "Dos son los elementos en que se resume para mí la vida: dependencia absoluta de la fuerza creadora y santificadora de Dios, única capaz de conservar en el fondo de nosotros mismos el gusto de la vida, el gusto de Dios; y, una vez que esta atracción íntima nos ha sido concedida, invasión por la divinidad de todo lo que nos rodea y de todo lo que hacemos, de modo que todo se convierta para nosotros en el Dios que se da y se transforma" (Carta del 31 de marzo de 1917). "Ya te he dicho con qué disposiciones regreso del frente: más netamente conciente de que mi tarea para el resto de mi vida consiste en desarrollar en mí, humildemente, fielmente, tenazmente —y de hacer al mismo tiempo tan contagiosa como me sea posible—, esa especie de mística que hace perseguir apasionadamente a Dios en el corazón de toda sustancia y de toda actividad" (Carta del 29 de marzo de 1917).

Teilhard de Chardin quiere ser puente entre la Iglesia y el mundo intelectual no creyente, en el cual se mueve. "Cada vez me resulta más evidente que no sabré llevar el Evangelio sino 'a los que buscan', y solamente predicándoles que 'sigan buscando'..." (Carta del 5 de enero de 1919). Para una reunión internacional de la Compañía de Jesús, tenida en Versalles en 1947, Teilhard escribía: "La mística neohumanista de un Adelante choca con la mística cristiana del Arriba. La crisis religiosa moderna, en lo que tiene de más esencial, bajo la doble forma científica y social..., está situada exactamente en

este aparente conflicto entre la antigua fe en un Dios trascendente y una joven 'fe' en un universo inmanente".

Para traducir en la realidad su deseo de ser puente entre esos dos mundos, más que ideas quiere propagar un espíritu. "Las conversaciones que mantengo..., me fuerzan a precisar numerosos puntos y me sugieren gran cantidad de cuestiones dignas de estudio... Lo que más me tranquiliza en esta conyuntura es que los puntos algo temerarios o sistemáticos de mi 'doctrina' no son, para mí, en definitiva, sino puntos secundarios. Lo que yo quisiera propagar, no son tanto unas ideas como un espíritu; y un espíritu puede animar casi todas las formas" (Carta del 1º de febrero de 1919).

Por esta razón, no presentará sus ideas como revistiendo carácter definitivo sino más bien como puntos de partida. "Intento presentar los resultados de mi encuesta... —leemos en **El espíritu nuevo**, de 1946— bajo una forma lo bastante simplificada y clarificada para que todo el mundo pueda comprenderlos sin equívocos, criticarlos y (en verdad esto es lo que deseo) corregirlos y completarlos". Y en un ensayo posterior, **El lugar del hombre en el universo**, de 1947: "Las perspectivas que ofrezco, son todavía nacientes. No se tomen como universalmente admitidas ni como definitivas. Sugiero, y no afirmo. Mi objetivo principal no es hacer adeptos de unas ideas todavía no muy firmes, sino abrir horizontes y hacer pensar". Por eso escribimos en alguna oportunidad, que Teilhard sería quizá el menos teilhardiano de sus seguidores... Y observemos que esta actitud teilhardiana no es sólo de la última etapa de su vida. Ya el 12 de septiembre de 1918 había escrito a su prima Margarita: "No trates de escrutar estas frases demasiado detalladamente. Mi pensamiento se busca a sí mismo y, una vez más, trato de aclararlo hablando contigo".

Por la misma razón, más que con sus escritos y conversaciones, Teilhard procura comunicarse con el ejemplo de toda su vida: su mejor arma de apostolado será siempre la predicación de una vida convencida. Así lo manifiesta a Margarita Teilhard-Chambon en carta del 22 de febrero de 1919: "La forma más eficaz de hacer que prevalezca mi espíritu sería, indudablemente, llegar lo más realmente posible a una manifiesta santidad, no solamente a causa del especial poder que Dios daría entonces a lo que hay de bueno en mis deseos e influencia, sino porque ninguna otra cosa conseguiría darme más autoridad sobre los hombres que el aparecer ante ellos como portavoz de Dios. Con la ayuda de Dios, haré lo posible por vivir plenamente, lógicamente, imperturbablemente, mi "visión". Nada hay más contagioso que el ejemplo de una vida convencida y decidida, y yo me siento con ganas y en forma para vivir de este modo. Todo ello, evidentemente, a condición de ser fiel a Nuestro Señor y a su 'luz'".

UN CRISTIANISMO QUE EMPOBRECE AL MUNDO

La condición de puente escogida por Teilhard de Chardin, trae aparejadas consigo una serie de implicaciones respecto de los extremos que trata de conciliar. La actitud de diálogo postula apertura-al-otro, con todo lo que esto significa de simpatía por sus valores o parcelas de verdad que pudiera poseer, y de ecuanime clarividencia para apreciar en las propias convicciones qué es esencial y qué secundario: solamente así el diálogo resulta fructífero por el enriquecimiento que mutuamente se aportan las partes.

De los "adoradores del universo", Teilhard asumirá cuanto le parece bautizable: la corriente profunda de religiosidad de que hablamos en nuestro artículo anterior, el amor a la tierra⁽¹⁾, las ansias de progreso y de unificación de la humanidad, sus elevadas aspiraciones morales de entrega al otro, el valor "hombre", el rigor de la ciencia y el gusto por la investigación, la concepción orgánico-evolutiva del tiempo, etc.

Al mundo cristiano le pedirá fundamentalmente mayor autenticidad religiosa: sincero aprecio y leal aceptación del cosmos al que debe impregnar de Dios, desprendimiento de ropajes caducos y adecuación de su presentación a los nuevos tiempos.

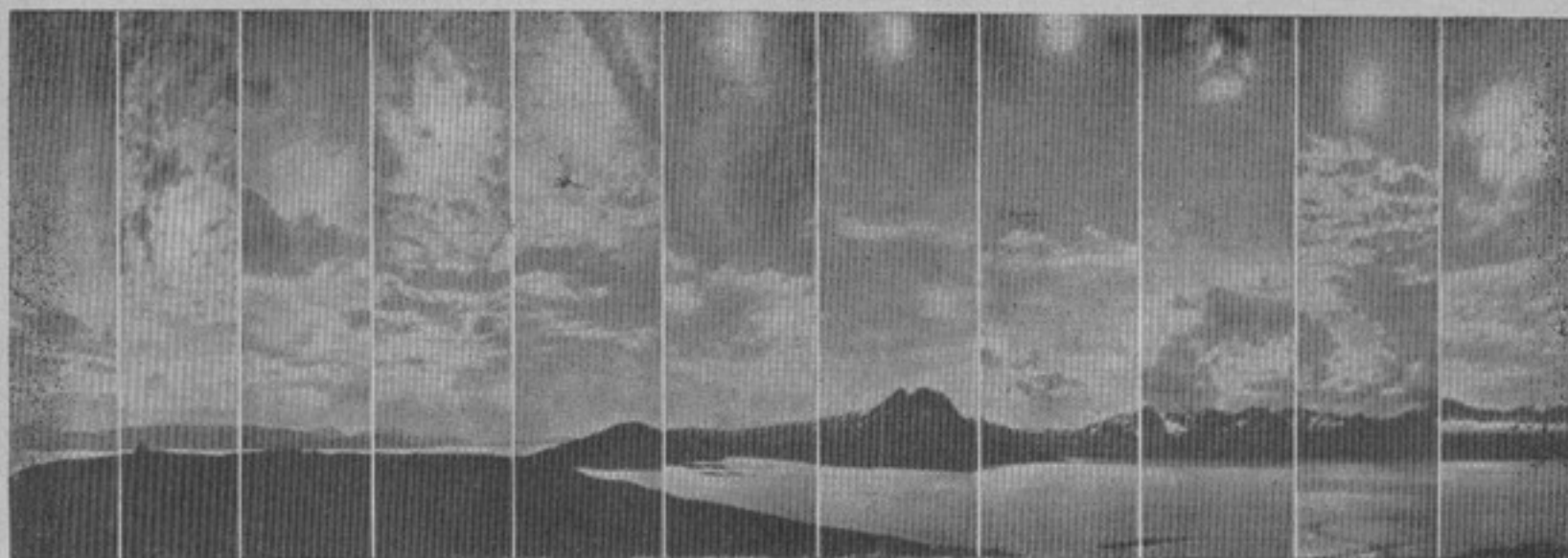
Aún a riesgo de repetirnos, veamos en los textos del mismo Teilhard de Chardin cómo, en su actitud de puente, concibe esa purificación del cristianismo, dejando para ulteriores artículos el examen de cómo concibe aquella asunción de los valores positivos del mundo.

Para Teilhard, la primera evidencia en esta materia consiste en que presentamos un cristianismo que empobrece al mundo porque no lo ama. En su inédito de 1948, **El neo-humanismo moderno y sus reacciones sobre el cristianismo**, escribe: "Actualmente hay una pérdida de velocidad en el cristianismo, a causa de la insuficiencia de los cristianos. No presentamos un cristianismo de la calidad requerida para que el mundo se enriquezca. Dado el grado en que está el mundo, con nuestro actual cristianismo lo empobrecemos. Pero ese cristianismo actual no puede ser todo el cristianismo... Lo que hace estériles a los cristianos, es que no aman el mundo".

Esa presentación deficitaria del cristianismo traba la evangelización del mundo provocando en los hombres de nuestro tiempo una reacción en contra. "No nos engañemos —escribe en su **Nota para servir a la evangelización de los nuevos tiempos**, de 191—. El ideal cristiano, tal como de ordinario se lo expone, ha dejado de ser el ideal común de la humanidad, ideal del que nosotros siempre nos lisonjamos beatíficamente. Si quieren ser sinceros, cada vez mayor número de hombres tendrá que confesar al predicador que el cristianismo les parece invenciblemente inhumano e inferior, tanto en sus pro-

mesas de felicidad individual como en sus máximas de renunciamento. Ya lo dicen: 'Vuestro Evangelio tiende a hacer almas interesadas en sus ventajas egoístas, desinteresadas por el trabajo común; no es, pues, interesante para nosotros. Nosotros pensamos mejor. Tenemos, por consiguiente, más verdad'... El predominio que el todo toma en la conciencia moderna, tiende rápidamente a hacer nacer en ella un ideal moral nuevo en el que se cede el paso a la justicia antes que a la caridad, al trabajo antes que al desprendimiento, al pleno esfuerzo por el desarrollo antes que a la mortificación. 'Cristiano' y 'humano' tienden a no coincidir más. He ahí el gran cisma que amenaza a la Iglesia". Unos años más tarde escribe **El medio divino**, y allí leemos: "Son muchas las personas honestas que sinceramente consideran y vituperan la resignación cristiana como uno de los elementos más peligrosamente adormecedores del 'opio religioso'. ... En estos momentos, esa acusación, o, simplemente, esa sospecha, es mucho más eficaz para entorpecer la conversión del mundo, que cuantas objeciones puedan proceder de la ciencia o de la filosofía. Una religión a la que se considerase inferior al ideal humano, fueren cuales fueren los prodigios de que se rodeare, sería una religión perdida".

La habitual presentación del cristianismo hace aparecer la Iglesia a los ojos de los hombres como incapaz de abarcar, por falta de fe y esperanza humanas, a todo el mundo. De este modo, la Iglesia pierde su mayor fuerza de atracción. Quince años antes del Concilio Vaticano II, en 1949, Teilhard estampaba en **El corazón del problema** la siguiente constatación: "Tomada en sí sola, la fe en el mundo no basta para mover la tierra hacia adelante. Pero tomada en sí sola tampoco es seguro que la fe cristiana, en su antigua explicitación, baste todavía para levantar al mundo hacia lo alto... Por definición, por principio, la función distintiva de la Iglesia es la de saber y poder cristianizar todo lo humano en el hombre. Ahora bien, ¿qué puede acontecer (que no esté ya aconteciendo...) si, en el momento preciso en que, en el alma 'naturalmente cristiana', empieza a surgir una componente tan viva como la conciencia de un 'ultra-humano' terrestre, la autoridad eclesiástica ignora, desdeña o incluso condena, sin siquiera llegar a comprenderla, la nueva aspiración? Pues ni más ni menos que el cristianismo, en la medida en que cesa (lo que no debiera) de abarcar a todo el mundo sobre la tierra, pierde lo incitante de su vitalidad y la flor de su atracción. Porque sub-humanizado por el momento, ya no satisface completamente a sus propios fieles. Ya no resulta tan contagioso para los no-creyentes. Ya no es tan fuerte contra sus adversarios. Uno se pregunta por qué ha de haber tanta inquietud espiritual en el corazón de los religiosos y de los sacerdotes. Por qué hay tan pocas conversiones profundas en China a pesar del chorro de misioneros enviado allá. Por



qué la Iglesia resulta tan impotente (teniendo como tiene una superioridad de beneficencia y de entrega) para ganarse a las masas obreras... Sencillamente, diría yo, porque a la magnífica caridad cristiana, para convertirse en 'definitivamente activa', le falta en la hora presente esa dosis de fe sensibilizante y de esperanza humanas, sin las cuales —fe y esperanza— de hecho y por derecho ninguna religión puede aparecer ya al hombre sino como insulsa, fría y no asimilable".

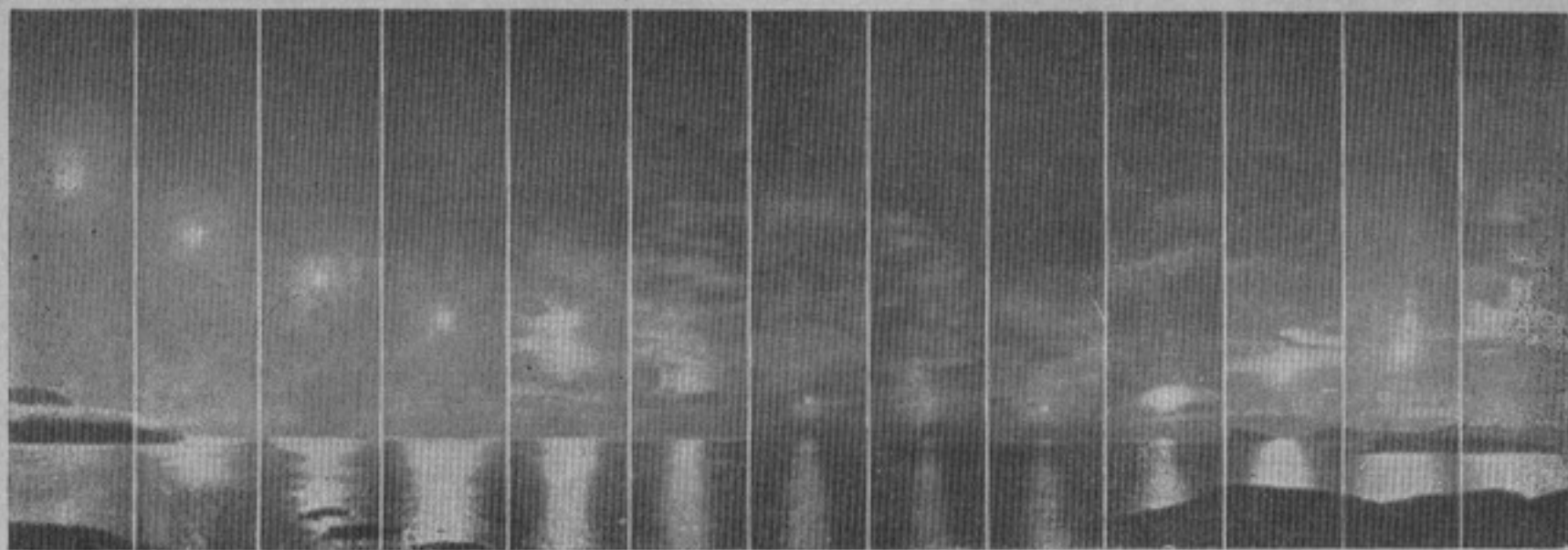
Esta situación se explica por una falta de contacto con lo real por parte de la Iglesia, provocada siempre por cierto conservatismo en su presentación prescindente del proceso evolutivo de la conciencia humana. "Arrastrada en un remolino de teología abstracta, de sacramentalismo cuantitativo, de devociones subtilizadas, la Iglesia perdió contacto con lo real. Las directivas eclesíásticas y las preocupaciones de los fieles se encierran poco a poco en un pequeño mundo artificial de ritos, de prácticas, de pujas piadosas, enteramente separadas de la verdadera corriente de las cosas. La Eucaristía, en especial, tiende a convertirse en una especie de objeto válido por sí mismo, que absorbe en sí la actividad religiosa en vez de hacerla fermentar para la salvación de todo en el universo" (**El sentido humano**, inédito de 1929). "En un mundo que se ha modificado terriblemente, se nos repiten las mismas palabras que fueron encontradas para nuestros padres... La expresión de nuestra cristología es aún exactamente la misma que podía bastar, hace tres siglos, para hombres cuyas perspectivas cósmicas se han hecho físicamente irrespirables" (**Cristología y evolución**, inédito de 1935). "Si no en teoría, al menos en la práctica, se ha presentado a Nuestro Señor a nuestros contemporáneos demasiado únicamente como un complemento moral, extrínseco, particularista, individual, prometido a la personalidad de cada uno. Se lo ha hecho surgir a nuestros ojos sin vinculación con el universo, como un fragmento que se opone a ellos hombre a hombre. ¿Cómo, entonces, admirarse si el alma del mundo, al des-

cubrirse a su vez espontáneamente a las conciencias, les haya parecido un Absoluto 'al margen' o un antagonista, o, más fuerte aún, un nuevo Mesías más deseable que el antiguo?" (**El alma del mundo**, escrito de 1918).

Ese conservatismo en la presentación del cristianismo se manifiesta aún con más fuerza en la fijeza de la expresión dogmática, contrastante con la apertura de la marcha del mundo. En una carta del 16 de marzo de 1921, Teilhard señala que hay "una desproporción a veces aplastante entre la grandeza de las realidades comprometidas en la marcha del mundo (físico, biológico, intelectual, social, etc.) y la pequeñez, la estrechez o lo provisorio de las soluciones filosófico-dogmáticas en las que pretendemos haber abarcado para siempre el universo. Queremos meter el mar en una cáscara de nuez".

DE TEILHARD AL VATICANO II

Todo esto impone una revisión a fondo en la presentación del cristianismo, para que Cristo vuelva a nacer en el corazón de todos los hombres. Lo señala Teilhard reiteradamente. En **La palabra esperada**, de 1940, escribe: "Nosotros los cristianos lo sabemos: el Salvador ya ha nacido. Pero en esta fase totalmente nueva de la humanidad, ¿no debe volver a nacer, a la medida de nuestras necesidades actuales? ... Algo es demasiado estrecho y algo nos falta en el Evangelio tal como se lo presenta. Nuestra alma tiene necesidad de un alimento más fuerte. No pasamos por una crisis de debilidad y enfriamiento espiritual, sino por una crisis de metamorfosis y crecimiento... Horizontes ampliados y no prisiones cerradas, he ahí ... la única cosa que puede atraer efectivamente a nuestra generación a los caminos de la verdad". Esta queja se hace insistente bajo la pluma de Teilhard, a lo largo de toda su vida. El 20 de abril de 1948 escribe a un corresponsal: "Si el cristianismo sólo tiene para ofrecernos cofres cerrados, pronto tiraremos por la borda al cristianismo y a sus cofres cerrados. Una verdad



sin reacción vital eficaz actual, es inexistente y nula". Y ya en 1933, en su ensayo **El cristianismo en el mundo**, había escrito: "Ya no podríamos admitir ningún control de nuestra actividad, como no sea en vistas a la consumación del mundo y de un mundo que al consumarse nos integra. La energía libre y pensante liberada por la tierra, ya no puede ser dominada por el ideal de algún orden establecido que haya que soportar y conservar. Moral y religión (como todo el orden social) dejaron de ser para nosotros una estática: es necesaria, para que nos seduzca y nos salve, una dinámica".

No nos choquen estas expresiones. Con ellas, Teilhard de Chardin señalaba lo que en 1962 indicaría S. S. Juan XXIII en el acto de inauguración solemne del Concilio Vaticano II: "El espíritu cristiano, católico y apostólico de todos espera que se de un paso adelante hacia una penetración doctrinal y una formación de las conciencias que corresponda más perfectamente a la fidelidad a la auténtica doctrina, estudiando ésta y proponiéndola en conformidad con los métodos de la investigación y con la expresión literaria que exigen los métodos actuales. **Una cosa es la sustancia de la venerada doctrina contenida en el depósito de la fe, y otra la manera como se expresa**".

Obsérvese que la purificación del cristianismo postulada por Teilhard de Chardin, se refiere a la expresión o presentación del mismo, y no a su esencia. Basta, para caer en la cuenta de ello, atender a sus expresiones: "insuficiencia de los cristianos"; "no presentamos un cristianismo de la calidad requerida"; "el ideal cristiano tal como de ordinario se lo expone"; "la fe cristiana en su antigua explicitación"; "se ha presentado a Nuestro Señor"; "el Evangelio tal como se presenta"; etc. La purificación del cristianismo urgida por Teilhard no significa de ningún modo aminorar o adular el cristianismo o sus exigencias. Por el contrario, Teilhard de Chardin está convencido de que "una noble dificultad siempre ha fascinado a las almas" (**Cristología y evolución**), y de que cierto

acaramelamiento o no suficiente exigencia en la presentación del cristianismo retardan la conversión de muchas almas.

Hay que arrojar por la borda ropajes vetustos. Al final de sus días, en 1955, Teilhard escribe en **Lo crístico**: "¿No se hace cada día más evidente que algo esencial falta, para nuestra generación, a un Evangelio sub-maniqueizado, en el que el progreso del conocimiento y de la técnica son presentados todavía no como condición primaria, sino como simple aumento de la espiritualización humana; donde el fracaso tiene tanto o más valor santificante que el éxito; donde la Cruz es puesta constantemente bajo nuestros ojos para recordarnos una falla inicial del mundo en que vivimos en vez de como una consumación?". Nos ha parecido reconocer curiosas resonancias de este pasaje teilhardiano en la encíclica de Pablo VI **El Desarrollo de los pueblos**...

Las circunstancias del mundo de los hombres ha variado, y ha de variar también, adecuándose a la problemática de hoy, la presentación del cristianismo. "Hasta la aurora de los tiempos modernos, para el hombre el problema de la salvación podía plantearse solamente en dos términos: la exigencia terrestre del hombre y sus últimos fines, los breves años de su vida y la eternidad, el individuo humano y Dios. Y entre ambos, nada... Pero ahora, el hombre... ha tomado conciencia simultáneamente de los increíbles recursos acumulados en la masa humana y de las posibilidades abiertas a esa energía para construir una obra tangible, esperada por la naturaleza" (**La palabra esperada**). De allí "la necesidad que tiene la Iglesia de presentar el dogma de una manera más realista, más universal, más 'cosmogónica' por así decir. La conciencia humana y la conciencia misma del dogma así lo exigen" (Carta del 13 de diciembre de 1918, a su prima Margarita Teilhard-Chambon).

Así, por ejemplo, se hecha de menos una predicación más positiva de la cruz. Teilhard lo denuncia en **El medio divino**: "La cruz ha sido

siempre un signo de contradicción y un principio de selección entre los hombres... Donde aparece la cruz, son inevitable la efervescencia y las oposiciones. Pero es necesario que el conflicto no se agrave inútilmente debido a un modo provocador y discordante en la predicación de la doctrina de Jesús crucificado. Con demasiada frecuencia se presenta la cruz a nuestra adoración no como una meta sublime que alcanzaremos superándonos a nosotros mismos, sino como un símbolo de tristeza, de restricción, de repulsa... Este modo de hablar acaba por producir la impresión de que el Reino de Dios sólo puede establecerse en medio de un pesar y yendo siempre a contracorriente de las energías y de las aspiraciones humanas".

EL SIMBOLISMO NEOLITICO

A veces, el trabajo de adecuar la presentación del cristianismo tendrá que ser más profundo: exigirá una purificación aún de los conceptos más fundamentales, de manera que, sin dejar caer nada de su contenido esencial, se enriquezca con la profundización de la desantropologización. Un caso típico podría ser el del concepto de Dios. "Venerando plena y profundamente las palabras de Jesús, ¿es posible no observar que la fe judeo-cristiana continúa expresándose (¡forzosamente!) en los textos evangélicos, en función de un simbolismo típicamente neolítico? El neolítico, es decir, la era de una humanidad (y, más generalmente, de un mundo) construido, desde el cielo arriba hasta los caseríos abajo, sobre el modelo y casi en la escala de la familia y del campo cultivado. ¿Cómo imaginar sin contradicción psicológica, en semejante universo, que el monoteísmo haya podido traducirse de otro modo que en términos de Dios gran Jefe de familia y supremo propietario del mundo habitado? Y bien, ese es precisamente el cuadro o ambiente mental fuera del cual nuestra conciencia moderna está en vías de emerger más y más" (**El fenómeno cristiano**, inédito de 1950). "Ha pasado el tiempo en que Dios podía imponerse a nosotros desde fuera, simplemente, como un Maestro o un propietario. El mundo no se arrodillará en adelante sino ante el centro orgánico de su evolución" (**El fenómeno espiritual**, de 1937). "El Dios que nuestro siglo espera, debe ser tan vasto y misterioso como el cosmos; tan inmediato como la vida; tan ligado (de alguna manera) a nuestro esfuerzo como la humanidad" (**Nota para servir a la evangelización de los nuevos tiempos**).

Pero todo esfuerzo por adecuar la presentación del cristianismo al hombre de hoy está llamado al fracaso, si no se inspira en una sincera y leal aceptación de las conquistas del mundo, llámense éstas amor por el desarrollo evolutivo del mundo o como sea. "Si quieren hablar con un lenguaje inteligible y aún persuasivo a nues-

tros contemporáneos —leemos en el inédito **El Cristo evolucionador**, inédito de 1942—, ante todo es indispensable que los teóricos del cristianismo comprendan, acepten y amen la nueva idea del hombre a la que éste fue llevado científicamente. En un grado inicial, esta idea es la de una dependencia orgánica y genética que conecta inmediatamente la humanidad con el resto del mundo. El hombre ha nacido y crece históricamente, en dependencia respecto de toda la materia y de toda la vida... El hombre nació no solamente como un individuo, sino como una especie. Hay que reconocer, pues, en él, más allá del ciclo del individuo, el ciclo de la especie. Por su fracción axial, viviente, el universo deriva simultánea e idénticamente, hacia la supercomplejidad, el supercentro, la superconciencia..."

"Nada entra en nuestras construcciones si previamente no satisface las condiciones de un mundo en vías de transformación... Un Cristo cuyos rasgos no se plegaran a las exigencias de un mundo con estructura evolutiva, será eliminado cada vez más, sin ulterior examen, así como hoy día en las Academias se tira al canasto, sin leerlas, las memorias acerca del movimiento continuo o de la cuadratura del círculo" (**Cristianismo y evolución**, inédito de 1933). "Todo está suspendido de la percepción y de la integración de un nuevo sentido del valor del mundo. La falta de sentido es... la que hace tan frías y tan poco contagiosas las predicaciones de nuestros misioneros. Que aparezca ese sentido y, estoy persuadido, la fe cristiana volverá a resonar en el mundo" (Carta del 3 de enero de 1948). "La única religión posible desde ahora para el hombre, es la que le enseñe primero a reconocer, amar y servir apasionadamente al universo del que es parte" (**El sentido de lo humano**).

¿Es posible todo esto? Teilhard de Chardin ve claramente las dificultades que semejante purificación de la presentación del cristianismo implicará para ciertos cristianos. "Empiezo a creer —escribe en carta del 17 de abril de 1923— que existe cierta visión del mundo real tan cerrada para algunos creyentes, como el mundo de la fe para los que no creen". Sin embargo, está convencido de que es posible, porque sabe por experiencia propia que el cristianismo "no hace al hombre menos humano". Escribiendo a su prima Margarita T. C. el 28 de julio de 1918, le dice: "El ideal cristiano no hace al hombre menos 'humano', no sólo porque no lo desinteresa de los trabajos sociales, sino sobre todo porque desarrolla en él aquellos valores morales que hoy día unánimemente se admiran. Pienso que los incrédulos se equivocan en cuanto al valor de esas nuevas virtudes humanas que ellos prefieren a la santidad, o al menos que, imaginando poder cultivarlas al margen de la religión, abocan a la humanidad a una tarea imposible. Pero pienso también que no-

sotros los cristianos tenemos una gran necesidad de 'humanizar' nuestra santidad, en conformidad, por supuesto, con nuestros dogmas".

Pero el cristianismo "no hace al hombre menos humano" a condición, claro está, de que "no se deje eclipsar por ciertas virtudes humanas, a las que, por el contrario debe asimilar, puesto que ellas apenas pueden mantenerse sin un recurso implícito a Cristo" (Carta del 30 de julio de 1918, a Margarita Teilhard-Chambon). El cristianismo está llamado a dar claridad y consistencia a esas virtudes humanas "unánimemente admiradas": "Fuera de la influencia cristiana constantemente en acción, los hombres tienen muchísima dificultad para adquirir y mantener la percepción de las grandes realidades universales presentes y las mayores aún por venir. Dicho de otro modo, los 'ciudadanos del mundo' con los que yo sueño, casi no podrían encontrarse sino entre los elementos previamente cristianizados" (Carta del 13 de marzo de 1932).

En la citada carta del 30 de julio de 1918 a su prima Margarita T. C., Teilhard trata de desentrañar los aportes positivos de los apasionados por la tierra mostrando con su propia experiencia cómo es posible esa síntesis: "Creo que, en un hombre de nuestro tiempo, la convicción de que no hay nada fuera de la tierra, le da 1) una piedad concreta y directa por los otros hombres; 2) un ardor por el trabajo; y 3) un desinterés en su labor..., que constituyen el ideal moral de nuestros días. Inversamente, la creencia en Dios corre el peligro —por desviación, pero, en definitiva, peligro— de hacernos perezosos, preocupados por nuestra 'pequeña salvación', caritativos sólo en la forma... El remedio para este debilitamiento del esfuerzo cristiano me parece siempre el mismo: comprender que Dios se alcanza a través del éxito humano; que su providencia no nos dispensa de ningún esfuerzo; que el prójimo debe ser amado en sí mismo por amor a Dios. Cuando trato de analizarme, llego a la conclusión de que mis esperanzas particulares de recompensa celestial no me impiden consagrarme a los trabajos de este mundo, con los mismos sentimientos de convicción, de ardor y de renuncia que trataría de tener, que tendría, me imagino, si careciese de fe. Pero esto lo debo a la concepción particular que me formo de las relaciones entre el triunfo del mundo y el Reino de Dios".

Teilhard de Chardin no era un teólogo. Sus estudios de teología previos al sacerdocio fueron sólidos y bajo la guía de excelentes profesores: J. Le Bachelet, A. Condamine, F. Bouvier... Pero el oficio de teólogo exige una técnica y un hábito mental que no son los de un paleontólogo... Conciente de ello, Teilhard invita constantemente a los teólogos de profesión a que se aboquen a la conciliación teórica de los "adoradores del universo" y el "mundo de la

fe". En el ínterin, busca "una solución para sí y para los que le consultan —escribe su amigo y admirador N. M. Wildiers—, a la espera de que otros más competentes que él se enfrascuen en el estudio del problema". Su vocación de puente entre el mundo de las ciencias y el mundo de la fe cristiana, no le permitía otra actitud.

Jacinto Luzzi S. J.

NOTAS

1. Es preciso entender bien qué significa para Teilhard de Chardin el amor a la tierra. Su pensamiento es claro, como lo muestra ya en 1917 escribiendo a su prima Margarita Teilhard-Chambon, el 9 de enero: "Lo que yo aprecio en la tierra no es, evidentemente su porción inferior, superada y caduca, aunque un encanto instintivo nos deje en el corazón cierta debilidad por toda la antigua morada del pasado por la primera tierra y la primera arcilla". Lo que me atrae, no es ni siquiera la mirada de existencias no humanas que rodean nuestra mónada pero que no tienen futuro, que se van alejando de nosotros y, por consiguiente, carecen de interés. La verdadera tierra, para mí, es la porción elegida del universo dispersa todavía un poco por todas partes y en tren de lenta segregación pero que, poco a poco, toma cuerpo y figura en Cristo. A esta tierra yo la adorno en mi espíritu con todo lo que constituye la belleza y la consistencia del universo real y palpable: vitalidad rica y concreta; devenir preciso al cual cooperando todos nuestros esfuerzos y nuestra industria; ligazón íntima en la materia y en el cambio que nos hace evolucionar solidariamente; destino no conferido artificialmente sino orgánicamente fundado en nuestras actitudes y edificado por nuestro esfuerzo, con la ayuda de Dios".

Delegación a España

UNIVERSIDAD DEL SALVADOR

Visitas Paseos y Excursiones explicados y comentados en Conferencias previas - Mesas Redondas - Coloquios y Simposios - Recepciones oficiales y actos académicos

(Pida Programa detallado)

Salida de Buenos Aires en avión JET,

28 Diciembre 1968

MADRID - VALDEPEÑAS - CORDOBA - SEVILLA
JEREZ - ALGECIRAS - TORREMOLINOS - MALAGA - GRANADA - ALICANTE - VALENCIA
MADRID (Enero 10 al 20) - BARCELONA (Enero 20 al 26) - PALMA DE MALLORCA (Opcional)
EXTENSIONES: PARIS - LONDRES - GINEBRA
ITALIA - GRECIA - TIERRA SANTA

PRECIO POR PERSONA, TODO INCLUIDO:

3 cuotas de m\$N. 23.300.— y 24 cuotas de m\$N. 12.075.—

ORGANIZACION INTERNACIONAL MUNDUS

25 de Mayo 574 - Capital Federal

Tel. 31-9122

32-7531/32

32-5254